

BALMIRO OMAÑA.
Los Dolores de La
rosa andina.
Mérida:
Fundación para el
Desarrollo Cultural
del Municipio Tovar
(FUDECUT) /
Talleres Gráficos de Editori-
al Casa Blanca, 1998. 123
p.

En la clasificación novelesca existen variados intentos. Varios procedimientos. La variedad de temas es infinita, como los pensamientos del hombre; mejor indicar cómo la novela, en cada etapa histórica va reflejando las diversas acciones de la humanidad. Actualmente, se viven factores importantes modificantes de todo el entorno: hay que tener cuidado con el torbellino contemporáneo a todos los niveles, en que se encuentra inmerso el mundo. Y con él, el hombre. Por ello, existe una nueva forma de hacer y enfocar las cosas escritas de nuestro tiempo.

La novela actual regionalizada, refleja los hechos pasados, más no la presencia de un presente, ni de un porvenir. En tal sentido, la novela de

Balmiro Omaña, *Los Dolores de La rosa andina*, presentada en doce capítulos, expresa las pasiones más primitivas, descarnadas y desnudas, buscando siempre expresiones crueles para hacerlo. Leerla es ir al fondo y forma de las cosas de ayer. De un siglo pasado, que dejó lo reflexivo, lo confesionario, lo visionario, de momentos maravillosos.

Omaña, expresa con gracia, amor y desahogo, la angustia de los seres, personajes fluctuantes entre La Grita, Bailadores y Tovar. Aún trata de desandar lejanías como Maracaibo, San Cristóbal, etc. No niega nada, al contrario lo expone todo. no hay cortapisas. Ni siquiera en el lenguaje. Es una obra humana, nostálgica si se quiere, pero muy consoladora. Empapa al lector con la ecología de la época. Las tradiciones y costumbres en los páramos. También, la religiosidad, las creencias y las supersticiones. Sin escaparse nada. Ahí está un retrato hablado de aquel tiempo, que se fue y no volverá jamás.

El autor, hasta con el destino se mete, sigue con el infierno, con la mitología, con lo es-

pantoso, con lo real e irreal, con lo reversible e irreversible. Frente a lo metafísico, todo lo ha encarado y enfocado con tino agudo, motivación y destreza.

Los Dolores de La rosa andina es una novela popular —diría yo— donde Balmiro Omaña permite ver el concepto del tiempo y su curiosa técnica narrativa, entendible por cierto, y llena de locuacidad. Sus personajes, tienen la vida tradicional campesina de la época de Cipriano Castro y del General José María Méndez, a quienes involucra en ese trajinar novelesco. Le coloca a cada quien sus deberes y sus cuidados, donde los días corren, las semanas caminan, los meses descansan y los años matan.

La narrativa, a pesar de su sensualismo y apasionamiento, tiene un entramado donde se unen parsimoniosamente los elementos más sensibles con el costumbrismo aldeano, donde todo lo narrado es un deber tácito con el libre pensamiento de la vecina república de Colombia y el conservadurismo imperante. Frente a lo externo, aparece lo encubierto de ciertas personalidades psicológicas

con sus caracteres pueblerinos y aún aldeanos, hallando lo normal y lo anormal, lo bueno y lo malo, lo positivo y lo negativo, del recuerdo visible y añorante, para pasar al desenlace fatal.

Los lectores, tendrán la oportunidad de saborear la imaginación del autor, así como el chiste a tiempo, para llegar a la comprensión válida de la locura de ayer y de hoy, la entrega amorosa fatal, el amor melancólico y depresivo, y la angustia generada por los amantes, cuando se desean insistentemente.

Finalmente, un párrafo del artículo de María Rosa Oliver "La novela norteamericana moderna" (*Sur*, N° 59), que bien podría explicar todo el proceso narrativo de la novela de Balmiro Omaña: "El corte, o para emplear el lenguaje cinematográfico, el montaje de sus novelas, consta de episodios ajustados según el ritmo interior del novelista. En ellos, el orden cronológico no existe: un detalle aludido al comienzo es la culminación de algo contado más adelante. Como en la vida, sabemos de un acontecimiento poco a poco, según avance o

retroceda el recuerdo en la memoria de los protagonistas. Así se interfieren varios relatos..., según Faulkner. Con esto también nos brinda el placer de adivinar, y la adivinación — como dice Sartre— convierte en mágico todo lo que toca".

**Carlos Alberto
Contreras**